

pués de sentir ese deber en nuestra conciencia, no como una carga, sino como una distinción, tanto más grata, cuanto más apremiante y conminatoria, por más diferenciada.»

Conste pues, mi gratitud a los que así me distinguen y conceden su confianza.

Y, empiezo.

Comentaré en cada charla, uno de los servicios ya en función, o todavía en proyecto, de Asistencia Social.

Y de entre ellos, —en mi opinión, — uno de los más necesarios e interesantes, es el pabellón de higiene individual o aseo corporal, que figurará anejo a los grupos escolares del nuevo edificio.

Es de tal trascendencia para la higiene social el aseo del individuo que llegó a decirse: «en fin de cuentas, la higiene no es más que limpieza»; hoy, cuando tantas y tan estudiadas medidas de prevención se conocen, aparte la simple limpieza de nuestro cuerpo y la de nuestras viviendas, no se puede admitir incondicionalmente tal aserto, pero sí debo decir a ustedes, que, apesar de cuanto se ha investigado, y aun conseguido, en materia de recursos para prevenir las infecciones, si ciertamente la limpieza no es toda la higiene, no cabe duda que constituye al menos la parte esencial, es su base y la de toda prevención de los contagios; ningún desinfectante moderno de esos de compli-

cadísima fórmula de constitución química, ha logrado, — hasta ahora, — no ya anular, pero ni siquiera hacer perder una línea, al agua y al jabón, que se mantienen con idéntica eficacia, que, cuando los conoció la humanidad.

Las funciones propias de la piel, eliminación de ciertas substancias, la llamada respiración cutánea, perspiración, etc., se reflejan de tal modo sobre la salud del organismo, que cuando se suprimen aquéllas, —por ejem. en quemaduras— que aun siendo superficiales— alcancen gran parte de la superficie corporal, el individuo no pudiendo soportarlo muere sin remedio.

La piel del hombre primitivo que, describíamos noches pasadas, estaba sucia y endurecida, a prueba de injurias externas; la civilización le hizo, ir perdiendo poco a poco su apariencia y con ella la protección mecánica que ejercía. Hoy mismo no cabe comparación posible entre la mano encallecida de los que se dedican a las más rudas faenas del campo y la que, rimó nuestro Villaespesa, de una soñadora que cortaba flores, y describía así:

*su mano leve  
entre las pomposas flores  
es de nieve,  
con sangre de rosas.*